



**Revista Estudios Hemisféricos y Polares Vol. 14 n° 2 (julio-diciembre 2023)**

**Artículo Científico**

**FRANCISCO COLOANE Y MIGUEL SERRANO: EXPEDICIONES ANTÁRTICAS CHILENAS Y  
CONSTRUCCIÓN LITERARIA**

**FRANCISCO COLOANE AND MIGUEL SERRANO: CHILEAN ANTARCTIC EXPEDITIONS AND  
LITERARY CONSTRUCTION**

**Dr. Oscar Barrientos Bradasic**

Universidad de Magallanes

Punta Arenas - Chile

oscar.barrientos@umag.cl

<https://orcid.org/0009-0007-8221-6671>

**FECHA RECEPCIÓN:** 16 agosto 2023 – **FECHA ACEPTACIÓN:** 5 noviembre 2023.

**RESUMEN**

El Decreto N° 1747, durante el mandato de Pedro Aguirre Cerda en 1940, es un hito fundamental en la relación de Chile con el continente antártico. Este episodio es abordado por dos autores de la generación de 1938 desde el género novela: Francisco Coloane en “Los conquistadores de la Antártica” (Zig-Zag, 1945) y Miguel Serrano en “Quien llama en los hielos” (Nascimento, 1957). El trabajo pretende explicar cómo se interpretaron desde la imaginación literaria este momento jurídico y diplomático que representaba un paso importante en términos de soberanía. Ambos escritores participaron en la primera (1947) y segunda expedición antártica (1948) inmersos en la tentativa de dar cuenta, a través de la ficción narrativa, de los ribetes e implicancias de la presencia chilena en el continente blanco. En el caso de Coloane describe una travesía para conmemorar la importancia del decreto y la obra del Presidente y en el caso de Miguel Serrano, se trata de un viaje iniciático por un mundo que alberga una sabiduría milenaria y que culmina en lo que será el emplazamiento de la Base Prat. El trabajo que proponemos se centra en reflexionar en torno a los puentes que algunos escritores establecieron con la chilenidad en territorio antártico y su lectura del momento político, jurídico y diplomático.

## **ABSTRACT**

Decree No. 1747, during the mandate of Pedro Aguirre Cerda in 1940, is a fundamental milestone in Chile's relationship with the Antarctic continent. This episode is used by two authors of the 1938 generation from the novel genre: Francisco Coloane in "The conquerors of Antarctica" (Zig-Zag, 1945) and Miguel Serrano in "Who calls in the ice" (Nascimento, 1957). This paper aims to explain how this legal and diplomatic moment, which represented an important step in terms of sovereignty, was interpreted from the literary imagination. Both writers participated in the first (1947) and second Antarctic expedition (1948) immersed in the attempt to give an account, through narrative fiction, of the characteristics and implications of the Chilean presence in the white continent. In the case of Coloane, he describes a journey to commemorate the importance of the decree and the work of the President and, in the case of Miguel Serrano, it is an initiatory journey through a world that harbors millenary wisdom and that culminates in what will be the location of the Prat Base. The work we propose focuses on reflecting on the linkages that some writers established between Chile's presence in the Antarctic territory and their reading of the political, legal and diplomatic moment.

## **PALABRAS CLAVES**

Literatura, Antártica, Generación Literaria 1938, Primeras Expediciones Antárticas Chilenas.

## **KEYWORDS**

Literature, Antarctica, Literary Generation 1938, First Chilean Antarctic Expeditions.

## **INTRODUCCIÓN**

Según lo planteado por el teórico Terry Eagleton al momento de analizar minuciosamente los nexos entre literatura e historia concluye que las representaciones ideológicas constituyen la esencia de la historia y si entendemos como punto de partida que la literatura es un fenómeno histórico, está también contendría la esencia de la literatura.

Dada la enorme potencialidad simbólica de los textos literarios, sus estrategias discursivas funcionan como importantes cajas de resonancia del discurso histórico. Es genuino entender la progresión histórica como un proceso de particular dinamismo, donde las artes, en particular, la literatura, entrega la inserción de un subjetivo, aquello que algunos teóricos, denominan visión de mundo<sup>1</sup>, noción que lleva consigo tanto los contextos de producción y recepción de una determinada textualidad.

En el parecer de Yorgy Pérez, esa relación estaría fuertemente signada por los aspectos metodológicos de la ciencia histórica, pero se verían matizados por las dimensiones alegóricas que manifiestan los textos literarios. De esta manera, la ficción estaría también entendida como un nuevo rumbo para comprender la realidad.

“Como factor dinámico e inaprehensible de nuestra cultura se encuentran la historia y la literatura, en sí mismas prácticas discursivas que generan sensibilidades y expectativas, mapas cargados de rutas que indican diferentes caminos y dan opciones para el conocimiento sobre el pasado, en el caso de la primera, y la imaginación, en la última. Sin embargo, el discurso histórico a veces resulta insuficiente para dar cuenta del pasado de un pueblo, de una nación. La historia, como disciplina, parte de una identificación con un aparato crítico y metodológico, usa técnicas y recursos que buscan reconstruir un pasado, aproximarse a una experiencia social. Son varias las corrientes interpretativas sobre las que reposa un discurso histórico; todas ellas asumen el pasado como objeto de estudio y recrean un contexto en el que la teoría, la síntesis y la generalización suplantando al detalle, la experiencia y el relato. El discurso histórico se impone como verdad; su propio enunciado y estructura no permiten otras intervenciones. Por otra parte, la literatura, en apariencia, es un artificio, una ficción en la que se dan cita la creatividad y el afán por contar. Ahora bien, lo literario también puede ser asumido como representación del mundo, como cartografía del recuerdo y la memoria, espejismo del alma, un espacio dinámico y alternativo donde se dan cita la comedia y lo trágico, la reflexión y el sentimiento por lo vivido, lo imaginado, la fantasía y, por qué no, lo posible que incluso incorpora la historia. La ficción labora en un espacio de mito, expresión de lo humano y de lo social, tanto en lo ontológico como en sus construcciones internas, pues la literatura es la edificación de todo razonamiento y sentimiento natural y artificial. Es decir, la literatura es un lugar de la experiencia humana desde una perspectiva mucho más amplia, heterogénea, fragmentaria y polifónica”<sup>2</sup>.

La heterogeneidad, fragmentariedad y polifonía, como tres ejes centrales de diálogo de marras, serían elementos consustanciales al texto literario que se traducirían en lecturas específicas de la discursividad histórica.

Esta necesidad perentoria de entender los textos literarios como forma de expresiva de la experiencia social, conlleva necesariamente una mirada integradora de la historicidad con la noción más amplia de ficción. Como bien sabemos el tópico de la exploración antártica ha sido abordada por importantes autores como Edgar Allan Poe, H.P. Lovecraft o Fenimore Cooper, casi siempre desde la configuración de un espacio inabarcable donde los miedos que urde la imaginación alcanzan la severa dimensión del asombro. Por ello no es de extrañar que un sector no menor de esta narrativa se centre en la literatura de horror sobrenatural.

El hecho concreto del carácter magnánimo que ofrece la geografía antártica y las sucesivas expediciones cargadas de heroísmo y sacrificio han vislumbrado en el continente donde termina el mundo, un espacio donde lo imaginario y la experiencia real encuentran notables puntos de vista. Así lo explicita, una de las mayores estudiosas de la literatura antártica Elizabeth Leane:

“Irónicamente, una historia que a menudo se cuenta sobre la Antártica, es que lleva a escritores (al igual que exploradores) a inclinarse y caer de rodillas: su paisaje es demasiado extremo, demasiado vacío, demasiado fuera de este mundo para encontrar una representación adecuada; supera nuestras metáforas, nuestro mismo lenguaje. Pero, ¿qué lugar, en cierto sentido, no mendiga descripción? Los océanos, desiertos, altas montañas y el espacio exterior son todos aspectos de las cualidades indescriptibles del Continente Blanco que, más que repeler, ha convidado a narradores a relatar el territorio”<sup>3</sup>.

En el caso concreto de las primeras expediciones chilenas a la Antártica, la literatura (principalmente en el género narrativo) manifestó importantes acercamientos, la mayoría de las veces ligados a autores que viajaron hasta el continente blanco, entregando un amplio espectro de reflexiones en torno a los diálogos que unen y a la vez separan lo real de lo imaginario. De esta manera, conservamos novelas y libros

testimoniales señeros que dan cuenta de una mirada contextual precisa, centrada principalmente en la noción de soberanía, entre ellos “Los conquistadores de la Antártida” (1945) de Francisco Coloane Cárdenas; “Quien llama en los hielos” (1957) de Miguel Serrano Fernández; “La Antártida Chilena” (1944) de Oscar Pinochet de la Barra y; “El continente de los hombres solos” (1954) de Salvador Reyes Figueroa.

Las dos primeras, que se ajustarían de una forma más rigurosa a la noción de novela, en contraste a las otras dos (Coloane y Serrano) que se acercarian de manera mucho más elocuente al relato testimonial, manifestando ciertas particularidades dignas de explorarse. Entre ellas, porque se trata de dos escritores de la misma generación, provenientes de paradigmas ideológicos en las antípodas y que sin embargo, coinciden en la tentativa de una chilenización literaria de la Antártica, en tanto el viaje hasta el extremo sur legitima un acción de soberanía y de identificación con el sentimiento de lo nacional. En el caso de Coloane, su novela establece puentes certeros con un continente concebido como un territorio donde lo mítico camina a la par de la lucha épica por su conquista, desarrollando un discurso ecológico, enlazado fuertemente a los ideales de la conservación.

Por su parte, el libro de Miguel Serrano se centra en imaginar el viaje al continente antártico como un periplo iniciático al encuentro con una utopía marcada fuertemente por el atavismo y el influjo de lo esotérico, analogando la expedición con una exploración a los sentidos más profundos de la identidad nacional.

## **EL MOTIVO GENERACIONAL DE LA CHILENIZACIÓN ANTÁRTICA**

Chile como nación, por razones geográficas y geopolíticas, ha sido particularmente sensible a la problemática antártica y su diálogo diplomático con el continente blanco tiene a su haber más de cien años, consolidando con ello una fuerte presencia. Algunos hitos de enorme relevancia serían el rescate del explorador británico Ernest Shackleton gracias al coraje del piloto chileno Luis Pardo Villalón en 1916; la llamada concesión Benavides durante el mandato del Presidente Germán Riesco en 1902 que inicia formalmente la jurisdicción sobre aguas y tierras antárticas, entre otros episodios. Pero los acontecimientos de mayor relevancia al respecto, antes del Tratado Antártico de 1959, ocurren durante los llamados Gobiernos Radicales, entre el 25 de diciembre de 1938 al 3 de noviembre de 1952. Hay cierto consenso entre los estudiosos que dicho periodo, al margen de sus vaivenes, tuvo un poderoso impulso desarrollista en diversas áreas de la vida económica y ciudadana, y un particular interés en el rol de Chile en el concierto internacional.

Es menester igualmente, dar cuenta del protagonismo que tuvo la presencia del continente antártico en las preocupaciones gubernamentales durante este periodo de la vida republicana.

El 14 de enero de 1939, los noruegos iniciaron reclamaciones territoriales entre los meridianos 0° y 20°. Ante tales maniobras, la reacción del Gobierno chileno fue acelerar la definición del Territorio Antártico Nacional y por consiguiente, el 7 de septiembre de ese mismo año, el presidente Pedro Aguirre Cerda creó gracias al decreto 1541 una comisión para examinar la problemática antártica nacional. Dicha comisión instituyó los límites geográficos basada en la teoría de los sectores polares y por supuesto, recurriendo a antecedentes históricos, diplomáticos y jurídicos que se remontaban al Tratado de Tordesillas. De esta manera, el 6 de noviembre de 1940, el Presidente de la República junto a su canciller Marcial Mora fija los límites del Territorio Antártico Chileno a través del Decreto Supremo 1.947 que versa:

"Forman la Antártica Chilena o Territorio Chileno Antártico, todas las tierras, islas, islotes, arrecifes, glaciares (pack-ice), y demás, conocidos y por conocerse, y el mar territorial respectivo, existentes dentro de los límites del casquete constituido por los meridianos 53° longitud Oeste de Greenwich y 90° longitud Oeste de Greenwich".

Durante el mandato de Juan Antonio Ríos, se reconocería y daría continuidad a las motivaciones iniciales del legado antártico de Pedro Aguirre Cerda<sup>4</sup>. Debemos hacer especial mención a una de las nociones fundamentales en las inquietudes geopolíticas del período, se trata de la "Zona Austral- Antártica" chilena, creada y enarbolada por Ramón Cañas Montalva, que sostiene el refuerzo del poderío marítimo en el área geográfica comprendida desde Chiloé hacia el sur.

En esta revisión de los hitos antárticos de Chile, previos al Tratado, también tiene gran importancia los logros durante el gobierno de Gabriel González Videla, cuya gestión en este punto se propuso asegurar los derechos nacionales en el continente antártico, fundando las bases Arturo Prat y Bernardo O'Higgins, siendo el primer mandatario que visita el sexto continente. Igualmente, se consolida la declaración de Zona Marítima Económica Exclusiva a fines del 40 que resalta la continuidad entre el Chile americano y el Chile antártico.

Es durante esta época cuando se realizan las primeras expediciones antárticas, la primera realizada a inicios de 1947, y la segunda en 1948. Debemos consignar que la primera expedición tuvo como finalidad refrendar la soberanía nacional en territorio Antártico y el comienzo de un plan de desarrollo científico. A raíz de ello se instala la Estación Meteorológica y Radiotelegráfica Soberanía, actual Base Naval Capitán Arturo Prat. En el caso de la segunda expedición buscó consolidar la presencia chilena en el territorio antártico a partir de la creación de una guarnición militar que velara por los intereses nacionales, la base Bernardo O'Higgins, cuyas principales actividades son sismología y glaciología<sup>5</sup>. Justamente en esta ocasión se contó con la presencia del presidente González Videla.

Estos viajes de las fragatas Iquique y Angamos fueron inaugurales a un importante número de futuras expediciones.

Debemos mencionar algunos aspectos específicos que son parte del espíritu de la época y que está ligado a los tripulantes de la primera expedición liderada por el Capitán de Navío Federico Guesalaga Toro, designado "Comodoro de la Flotilla Antártica" en virtud del Decreto Supremo N°2162, promulgado el 17 de diciembre de 1947. Componían dicha flotilla la fragata Iquique, comandada por el capitán Ernesto González Navarrete y el transporte Angamos, que dirigía el Capitán de Fragata Gabriel Rojas Parker. Iban en dichos navíos también personal de las tres principales ramas de las Fuerzas Armadas, entiéndase el Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea. También una representación de la Cancillería cuyo principal representante era el diplomático y escritor Óscar Pinochet de la Barra, personaje cardinal en las relaciones exteriores de Chile y en particular, con todo lo ligado al mundo antártico.

De igual manera, viajaba el cineasta Hernán Correa, los escritores Francisco Coloane, Miguel Serrano Fernández, Oscar Vila Labra, Eugenio Orrego Vicuña, Enrique Bunster; periodistas, historiadores, meteorólogos, naturalistas como Carlos Oliver Schneider, Guillermo Mann, Humberto Barrera; biólogos marinos como Parmenio Yáñez Andrade, el arquitecto Julio Ripamonti; fotógrafos como Hans Helfritz, y tres representantes de la Armada argentina.

Como señala Consuelo León al respecto:

“Uno de los grandes logros de la Política Antártica Nacional de mediados del siglo pasado, fue conseguir que el Congreso Nacional, el Poder Ejecutivo y la opinión pública compartiesen una visión común en diversas materias sobre la proyección del país hacia el Continente Helado. De tal manera que la existencia y vigoroso desarrollo de una conciencia antártica no fuese ni utópica ni escéptica”<sup>6</sup>.

Un aspecto crucial a desarrollar, partiendo desde la afirmación de León, es comprender que la política antártica durante el auge de los llamados gobiernos radicales no sólo tenían como eje primordial el desarrollo de la soberanía y el despliegue científico, sino también la necesidad de que artistas de las más diversas disciplinas forjen un espacio conceptual de lo antártico en el imaginario de la chilenidad, creando ficciones y obras de arte que traduzcan la singular experiencia del encuentro con el continente blanco, las fabulaciones y espíritu de aventura que conlleva su exploración.

En alguna medida, se trataba de residencias, aunque es posible que esa palabra no se ocupara en Chile en aquel momento. Lo que sí podemos afirmar es que se trató de una política cultural, una incorporación de la ficción y los dominios de la subjetividad artística a una política de soberanía.

Habría que agregar también, la intención propagandística detrás de la idea de llevar a escritores, cineastas y periodistas. Claramente fue para transmitir a la ciudadanía lo que fueron estas primeras expediciones, en una época en que no existía la tecnología para transmitir imágenes vía satélite y toda comunicación era “en diferido” y con un fuerte componente narrativo. Y también con la intención de relevar a personajes en concreto, como por ejemplo al Comodoro Federico Guesalaga (¡un medio escrito tituló “Chilenazo es Guesalaga!”) y al teniente Boris Kopaitic (el primer comandante de la base “Prat”), ambos elevados a la categoría de “héroes populares”. Otro ejemplo es que con las filmaciones de la primera expedición de 1947 se armó una película llamada “Antártica Chilena”, que fue estrenada en cines.

Desde esta última afirmación podemos sostener algunos otros aspectos que tiene que ver con una coincidencia entre una mirada de Estado y una preocupación general muy propia de la llamada Generación literaria de 1938<sup>7</sup> o en su efecto de 1942 como la denominan otros estudiosos. En cierta medida, se trata de un sentir desarrollista que formaba parte de una especie de programa literario de un grupo importante de escritores que intentaban superar el criollismo que sentían deshistorizado, limitante y simplificador. Las motivaciones históricas de esta generación, cifrada simbólicamente entre 1936 y 1938, tenían relación con la Guerra Civil Española y el triunfo del Frente Popular, que revive una reivindicación de luchas sociales ante el decaimiento de las oligarquías y el fracaso tanto de los caudillos populistas como de los gobiernos conservadores. Por ejemplo, se crea la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura que manifiesta su apoyo irrestricto a la candidatura de Pedro Aguirre Cerda.

Hugo Montes en su Breve Historia de la Literatura Chilena da cuenta de algunas características específicas de este manajo de autores:

“En 1938, como un anuncio de triunfos posteriores auténticos, llegó al poder un vigoroso sector de extracción media, originando una eclosión de fe popular, traducida por los escritores en un naturalismo constructivo en que se integran significativamente las capas sociales en descomposición y las fuerzas promisorias de los grupos en ascenso. No se trata ahora de una recreación estética de un ambiente de autenticidad discutible, sino de un hondo hurgar en busca de las causas infraestructurales que originan el proceso que angustia y

oprime las clases desposeídas o grupos laborantes. Este naturalismo proletario, esta verdadera épica social, como alguien señaló, produjo un ‘ansia apasionada de cambiar la vida nacional... de dar al obrero y al campesino... un sitio de dignidad’. Y así vemos el nacimiento de una literatura de mayor resonancia vital que no gira en torno al paisaje, sino al hombre comunitario”<sup>8</sup>.

De esta manera, la Generación de 1938 se propuso integrar al hombre en el paisaje o dicho de otro modo, forjar la creación de un paisaje social. Debido a ello se ocuparon rótulos como neorrealismo o neociollismo, no siempre felices y asertivos al momento de calificar algunos proyectos literarios relevantes de este momento.

Y de igual manera, dar cuenta de las luchas reivindicativas de sectores postergados por la sociedad como el campesinado y el mundo proletario y de lugares distantes de la capital política y administrativa, espacios como el Norte, la Patagonia o los distantes faros de la costa chilena. Para este conjunto de autores existía cierta coincidencia entre la lucha social y la contienda del hombre contra las fuerzas de la naturaleza, en lugares marcados por el aislamiento y la inclemencia, ya que la chilenización del territorio implicaba necesariamente resaltar lugares de difícil acceso. En cierta medida, sentían que la perspectiva criollista precedente había reducido y caricaturizado esos escenarios que ellos querían resignificar. Los autores de la Generación del 1938 gozaron de un importante reconocimiento en su tiempo y se sintieron llamados a traducir las aristas de un país que inauguraba un nuevo periodo republicano, casi siguiendo un programa. Así lo explicita el escritor Volodia Teitelboim:

“Los aprendices de escritores pusimos algo de nuestra alma en esa lucha y nos sentimos parte del pueblo. Nos impulsaba un ansia apasionada y vaga de cambiar la vida nacional, de dar al obrero y al campesino y también al escritor y al artista un sitio de dignidad bajo el sol, de crear una atmósfera donde la poesía ocupara una silla dorada en el proscenio. Queríamos imponer escalas de valores en que la inteligencia, el espíritu de sacrificio por la belleza, el pueblo y el país emplazaran al gobierno podrido de los opulentos, espiritualmente exhausto, inculto, mediocre y vacío”<sup>9</sup>.

Pese a enormes coincidencias, la crítica especializada ha insistido en distinguir al menos dos grupos hegemónicos que rigen una suerte de conducta generacional. La primera de ellas, de carácter realista y fuertemente orientada hacia la novela social, con lenguaje más directo y descarnado; mientras que la segunda, tuvo una inclinación más clara hacia el esteticismo, con matices emparentados al surrealismo.

En el primer grupo encontramos a autores como Nicomedes Guzmán, Gonzalo Drago, Andrés Sabella, Fernando Alegría, Francisco Coloane. Por su parte, en el segundo, se encontrarían autores como Gonzalo Rojas, Eduardo Anguita, María Luisa Bombal y Miguel Serrano.

El hecho es que en este punto se produce un particular cruce entre las expediciones antárticas y uno de los rostros más buscados por los autores de dicha generación: La chilenidad antártica.

El carácter nacional integrador, la integración de lo cívico y lo militar en un propósito unificador, la necesidad perentoria de una ficción antártica, de una mirada territorial chilena desde las artes y las ciencias, parece trisarse ya en el año 1948 cuando el Presidente Gabriel González proclama La Ley de Defensa Permanente de la Democracia, también conocida como Ley Maldita, que proscribía al Partido Comunista de la vida cívica del país. Es probable- y sería objeto de un capítulo aparte- que desde ese momento y hasta la instauración

del Tratado Antártico<sup>10</sup>, todos los aciertos y reveses que se relacionan con el continente blanco, están vinculadas al inicio y auge de la Guerra Fría.

## **FRANCISCO COLOANE: LA AVENTURA CHILENA EN LA ANTÁRTICA**

Francisco Coloane Cárdenas (Quemchi, Región de Los Lagos; 19 de julio de 1910-Santiago, 5 de agosto de 2002) es uno de los escritores más importantes de la literatura hispanoamericana. Su narrativa de aventuras y su devoción por las peripecias oceánicas hacen de su escritura una pieza privilegiada al momento de retratar los rigores del habitante en confines apartados del territorio. Sus personajes son navegantes, buscadores de oro y balleneros que se enfrentan a la vorágine de los elementos.

En Coloane, vida y obra parecen constituir una misma argamasa. Sabemos que durante cuatro años de desempeño como escribano en la Armada de Chile y que el año 1933 realizó un viaje en el velero “Baquedano”. Con posterioridad se radicó en Santiago donde se desempeñaría como periodista.

Neruda lo llamó “el hijo de la ballena blanca” en abierta alusión a la célebre novela de Melville, uno de los referentes obligados de Coloane y por su parte, el colombiano Álvaro Mutis (Premio Cervantes, 2001) lo llamó “el Jack London del Cono Sur”, otro autor ineludible para el chilote. Aparte del propio Neruda<sup>11</sup> estuvo ligado intelectualmente a figuras como el editor Carlos Orellana, el rector de la UTE, Enrique Kirberg, el científico Alejandro Lipschutz.

En ese mismo sentido, el transcurrir de su existencia y los alcances de su enorme narrativa también se vinculan a sus opciones ideológicas. Perteneció primero al Partido Socialista Marxista (en la época de Marmaduke Grove<sup>12</sup>) y en 1945 ingresó a las filas del Partido Comunista de Chile.

Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1964. Hoy su trabajo se publica en una veintena de idiomas y sus libros han despertado una gigantesca fascinación en algunos países europeos como Francia donde a nivel editorial se usa la expresión “el milagro Coloane”. En 1997 el Gobierno francés le nombró Caballero de la Orden de las Artes y las Letras.

Entre sus novelas más destacadas se encuentran “El último grumete de la Baquedano” (1941) y “El camino de la ballena” (1962). Además de importantes libros de cuentos como “Cabo de Hornos” (1941) y “Golfo de Penas” (1945). Amén de una interesante literatura centrada en viajes a lejanos confines como La India o China, este último, país donde residió dos años.

La recepción crítica de la obra de Francisco Coloane ha gravitado por diferentes fases y observada bajo variados prismas teóricos. Además de considerarse un autor cardinal en las motivaciones programáticas de la Generación del 38, por su inserción del hombre en el paisaje en una dimensión productiva y activa, también ha habido una fuerte tendencia a relacionarlo con el canon de la novela de peripecias y en particular en la línea de literatura juvenil, de ahí que todavía sus cuentos y novelas circulen preferentemente como lecturas obligatorias de los planes educacionales y en textos escolares. Si bien, esta afirmación es asertiva y pertinente, se requeriría matizar un poco más, ya que los textos de Francisco Coloane han tendido a exceder con creces los límites de esa apreciación y de dicho género.



Es la inserción del paisaje austral, la visión productiva del hombre que habita el extremo sur del planeta, lo que agrega elementos de enorme interés. Volodia Teitelboim (Premio Nacional de Literatura 2002) ha reflexionado en torno a la obra coloanesca, desde el siguiente ángulo:

“Francisco Coloane incorporó a las letras universales las tierras finales del globo. Y lo hizo con una de las prosas más precisas y cristalinas que registra la literatura contemporánea. Completó el mapa entrañable de esas latitudes australes, como Jack London lo hizo con los extremos septentrionales. Allí trenzó también el nudo dramático: no la fiebre del oro sino la quimera del oro, como un Chaplin trágico, no cómico, que concibe la desesperada búsqueda de la riqueza, como una tarea titánica casi siempre infortunada”<sup>13</sup>.

Por otro lado, autores como Jorge Edwards (Premio Nacional de Literatura, 1994) han leído la obra de Coloane como una literatura que, si bien se concentró en desarrollar un espacio vivencial y telúrico, amplió sus registros en la configuración de arquetipos universales, de la exploración fecunda de una prosa dinámica y rotunda, donde los personajes se acoplan a los ritmos confusos de climas hostiles. Las zonas aisladas de la civilización, resulta, en el parecer de Edwards el ancla que ata a los personajes de Coloane con los temperamentos más originales del paisaje y por supuesto, con lo catastrófico que encubren las rutas marítimas impensadas y los complejos accidentes geográficos. Señala:

“Uno llega a la conclusión de que el fin de la tierra, más allá de leyes y administraciones, es cosmopolita casi por definición. Acabo de leer una noticia sobre los deseos de la Patagonia argentina de independizarse del gobierno central y he pensado que los cuentos de Coloane permiten entender esto mejor que un tratado. Son seres, los de Coloane, que sólo confían en sus propias fuerzas, en sus habilidades, en su astucia, y que no esperan nada, con motivos casi siempre bien fundados, de la mano administrativa. Viven lejos de los gobiernos, en una situación de relativa anarquía, y se las arreglan para sobrevivir. Al mismo tiempo, la muerte es una presencia familiar, un aspecto cotidiano de la vida. Si no se resuelven los problemas con habilidad, con lucidez, con firmeza, la muerte es la consecuencia casi segura. Y los vivos siguen su navegación, su expedición, su cabalgata, lo que sea, sin inmutarse demasiado”<sup>14</sup>.

Desde otra mirada, el escritor José Miguel Varas (Premio Nacional de Literatura, 2006) ha resaltado la profunda humanidad de sus personajes, el espacio certero donde la literatura se vuelve vitalista al más puro estilo de los escritores cuyo oficio viajero coincidió con el de exploradores o navegantes:

“Todos tienen el cuerpo, el sabor y el violento aroma de yodo, sangre, cueros de ovejas, navegaciones y distancias terrestres y marítimas de la mejor cosecha del más regional y más universal de los escritores chilenos. Tienen, además, otra cualidad: al leerlos escuchamos el barítono profundo y rítmico del habla de Coloane, mezclando recuerdos y reflexiones en torno a sucesos, aventuras riesgosas sobre las olas eternamente inquietas del océano, personajes solitarios o tripulaciones, conversaciones demorosas llenas de historias legendarias al calor de un azafate de chuletas de cordero y una jarra de café, peripecias y paisajes inolvidables como el de la isla Meninea, semejante a "una gran foca echada, con su cabeza en alto, vomitando un rodal de rocas”<sup>15</sup>.

La novela “Los conquistadores de la Antártida” la entendemos como un libro clave en la narrativa coloanesca. Escrita antes de su viaje al continente blanco y además continuación de “El último grumete de la Baquedano”, se centra en los hermanos Alejandro y Manuel Silva. El primero, un joven radioperador de Walaia, y el segundo conocido como El Jefe Blanco, ya que ostenta un importante liderazgo entre los yaganes.

En la novela, el continente antártico aparece apenas sugerido como un telón de fondo que a medida que la acción desnuda y atrapante va sucediéndose, la noción del continente helado comienza a adquirir inusitado protagonismo. Así lo explica en los capítulos iniciales el personaje conocido como el sargento Ulloa, marino que dice haber conocido Chile de norte a sur, pero está expectante por conocer la Antártica y debido a ello, celebra la gestión del Presidente Aguirre Cerda. En uno de sus párrafos se detiene a detallar aspectos específicos de la geografía austral:

“-Exactamente- replicó Ulloa- creo que Chile es como un continente; aunque un poco fantástico para mí lo es. A saber: por el norte llega a la Zona Subtropical; por el Sur, entierra los pies en las nieves del Polo; por el Este, sale con el estrecho de Magallanes, con las islas Lennox, Picton y Nueva hasta el Atlántico y por el oeste tenemos a nuestra Isla de Pascua, esa mano extendida en plena Oceanía”<sup>16</sup>.

A la naturaleza agreste y remota donde habitan estos personajes se suma un conflicto humano que traduce una arista degradante de la condición humana: Cauquenes. Se trata de un hombre solitario al que apodan con su lugar de nacimiento, ya que su nombre real es Juan Carrasco. Vive en una cueva en un lugar paradisíaco conocido como “El Paraíso de las Nutrias”. En el pasado fue un importante terrateniente en tierras maulinas, pero dilapidó toda su fortuna en el juego. Por ello se exilia a ese lugar apartado en busca de una vida contemplativa, emparejado con una mujer yagan, pero fuertemente atormentado por las culpas. De igual manera, un hombre llamado Geban, pirata y capitán de la goleta Gaviota, le roba los animales impunemente.

El lugarteniente del Jefe Blanco es también un yagán llamado Félix.

Como tal el reconocimiento a las etnias originarias es un tópico recurrente en la novela, sobre todo entendido en tanto contraste con la invasión del hombre civilizado y occidental. Este contraste entre el personaje depredador y el pueblo condenado a perder sus creencias y subyugarse a los designios de dicho avance modernizador va a constituir uno de los ejes de la novela. Las etnias del extremo sur son parte de ese país desconocido y obliterado por una conciencia eurocéntrica y metropolitana.

Como bien sabemos los conceptos de Estado y nación no siempre se trata de piezas armónicas sino en ocasiones suelen visiones en pugna. La novela de Coloane incorpora las etnias al imaginario de Chile, casi desde una mirada plurinacional, bajo el deseo de un Estado pluralista y comprensivo del fenómeno.

En medio del avance civilizador, aparece este referente étnico cargado por el componente que viene del mito. En este caso, con la leyenda yagán del Pingüino fantasma, el animal que aparece sortílegamente recordando los peligros de la depredación. No es raro que un sector no menor de la actual mirada hacia la literatura de Francisco Coloane en el ámbito de lo que se llama la ecocrítica. La prosa coloanesca completa la idea de país con la llegada a la Antártica, pero no apelando a un irracional sentimiento nacionalista sino otorgándole un valor privilegiado a los ideales de conservación natural, como un diálogo amplio y sereno con el espíritu de lo telúrico. Así lo confirma la lectura de Jaime Valdivieso:

“En Francisco Coloane son evidentes los valores ontológicos, antropológicos y metafísicos sobre cualesquiera otras consideraciones literarias. La naturaleza, su sentido cósmico y genésico, las fuerzas misteriosas, tectónicas y marinas, así como las relaciones del hombre con el hombre y con los animales en su contorno inmediato, los efectos corrosivos de la naturaleza en su psiquis y en su soma, sus relaciones con los otros hombres y sus límites ante los códigos que se autoimpone, saltan a un primer plano”<sup>17</sup>.

El otro aspecto se vincula a una fabulación que guarda una relación ficticia con las expediciones antárticas. El jefe Blanco decide viajar hasta el continente blanco para homenajear el legado de Pedro Aguirre Cerda. Esto ocurre cuando llegan al navío y se enteran en aquella inmensidad, tan lejana al Palacio de la Moneda, que el Presidente de la República había fallecido, el mandatario, que, en opinión de los tripulantes, ha engrandecido el alma de Chile.

“-Murió ayer a las 13: 37 horas, en la casa de la Moneda.

-Era el comandante en Jefe de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire- dijo otro. Era un hombre popular-recalcó el sargento Ulloa, y agregó: El mejor homenaje que se le puede rendir no es la tristeza, sino la acción. El agrandó el alma y cuerpo de Chile. A él se debe el decreto que extiende los límites de nuestro país en la Antártida. Si antes mi viaje tenía un objetivo, ahora tiene otro principal; iré a esas tierras y clavaré allí nuestra bandera sin el crespón y en memoria de su nombre. ¡Adelanto mi viaje y parto cuanto antes , si es posible hoy mismo, hacia la Antártida!”<sup>18</sup>.

Naturalmente, la trama de la novela es aquella travesía y su llegada al continente blanco, delata un triunfo y un fracaso a la vez. El continente blanco resulta un lugar donde se puede llegar enarbolando los ideales del desarrollo, pero también alberga un paisaje que no se puede controlar del todo, que es atronador y colosal hasta lo impensado.

Como tal, la figura del viaje en la novela “Los conquistadores de la Antártica” genera una compleja vorágine de tópicos y alcances teóricos donde el concepto de chilenización del continente blanco se enlaza a la figura del presidente desarrollista que fijó sus límites, al reconocimiento de las etnias y su cosmovisión y por supuesto, a los ideales de conservación.

## **MIGUEL SERRANO Y EL VIAJE INICIÁTICO AL CONTINENTE ANTÁRTICO**

Miguel Serrano Fernández (Santiago, 10 de septiembre de 1917–ibidem, 28 de febrero de 2009) fue un destacado diplomático chileno y una rara avis en la literatura chilena. Nacido en el seno de una familia aristocrática, era sobrino del célebre poeta Vicente Huidobro. Durante su juventud manifiesta una importante cercanía con el ideario izquierdista, colaborando con algunos medios tales como Frente Popular, La Hora y Sobre la marcha, de la uruguaya Blanca Luz Brum. El fallecimiento de su amigo, el poeta Héctor Barreto asesinado por los nazis la noche del 23 de agosto de 1936, en una reyerta con jóvenes militantes socialistas. Posteriormente su tío Vicente Huidobro le propone unirse a la causa de los trabajadores a través de su incorporación a las filas republicanas en la Guerra Civil Española: "Eran los años de la guerra de España y mi tío Vicente Huidobro me propuso ir a combatir a favor de la izquierda española. Bueno, pero ¿por qué voy a ir a luchar allá? ¿Por el marxismo? Pero si yo no conozco el marxismo, pensé. Entonces, le dije que no iba. En lugar de eso, me encerré en mi casa por meses, con todo lo que pude encontrar sobre el marxismo. Leí y leí. De allá salí convertido en un antimarxista convencido. Vi que todo eso era absolutamente falso y una doctrina totalmente perniciosa; no sólo para Chile sino para el mundo (Olivares, Lilian. "Miguel Serrano: lo que piensa hoy un nazi", La Segunda, 18 de mayo, 1984).

Pero es la matanza del Seguro Obrero en 1938, perpetrada por el presidente derechista Arturo Alessandri en contra de un grupo de jóvenes nacional socialistas pro ibañistas<sup>19</sup>, le abre las puertas al pensamiento nacional socialista.

No obstante, Miguel Serrano afirmará el carácter filosófico de su pensamiento, marcando una distancia con la política del entonces líder Jorge González von Marées: "Se podría decir que sí. Durante la Segunda Guerra Mundial me contacté con alemanes de la SS que frecuentaban la revista La nueva edad, que yo dirigía. Estos me revelaron el fondo mítico y, por así decirlo, esotérico del nazismo, algo que yo no sospechaba para nada y que me sorprendió gratamente. Esto sacaba al nazismo y lo ponía completamente aparte del fascismo, del falangismo y de cualquier otro movimiento nacionalsocialista. Esto me empujó a profundizar en la materia, conectada, naturalmente, con la India y el Tíbet" (Rodríguez, Eugenio. "Los nazistas estamos fuera del sistema", Valija Cultural, 23 de agosto, 1992, p. 2).

Más bien, el planteamiento de Miguel Serrano se acerca a la noción de hitlerismo esotérico en la línea de Savitri Devi y Rudolf von Sebottendorf, fundador de la Sociedad Thule. Se trata de un retorno a los aspectos esotéricos del nazismo. En este particular, se subliman los aspectos de la raza aria evocando lugares como Atlántida, Hiperbórea, Agartha, Shambhala y la estrella de Aldebarán. Todos elementos altamente gravitantes en la obra literaria de Serrano.

Este nazismo de características ocultistas coincide en lo central con los pilares conceptuales constitutivos de dicha ideología, pero insiste en la profundización de algunos elementos ahistóricos y de manera especial, en la naturaleza simbólica de los ciclos temporales.

Sabemos que se desempeñó en labores periodísticas en Alemania y Suiza, donde conoció a Carl Gustav Jung y Herman Hesse.

Fue el primer embajador en La India (1953), luego en la Yugoslavia socialista (1963) y Austria (1965). Durante este último periodo representó a Chile en el Organismo Internacional de Energía Atómica y la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial, ambos con sede en Viena. Con el advenimiento de la Unidad Popular es finalmente retirado de la vida diplomática. Ideológicamente se adscribe a una suerte de nazismo esotérico ligado a fuentes crípticas y el hinduismo, ya que advierte la cercanía del Kali yuga o tiempos de oscuridad. Siempre sostuvo que Hitler no murió en su bunker de Berlín sino que huyó hasta los hielos antárticos basado en los 120 submarinos alemanes que al final de la conflagración desaparecieron junto a sus tripulaciones<sup>20</sup>.

Incluso habló de discos volantes ocupados por Alemania para tal operación<sup>21</sup>.

Su afirmación se fundaba en el libro de Ladislao Szabó titulado Hitler está vivo, el cual aseguraba que unos submarinos habían escoltado al dictador hasta los hielos australes.

En el año 1955, siendo embajador de la India protagonizaría un episodio fundamental en los acontecimientos acaecidos previos al Tratado Antártico de 1959 firmado por Chile, Argentina, Australia, Bélgica, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Japón, Noruega, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Rusia.

Serrano, siendo embajador en La India el año 1953, bajo las credenciales del segundo gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, le tocó estrechar lazos con el gobierno nacionalista indio de Nerhu. En aquel momento, el representante de dicho país frente a las Naciones Unidas era Krishna Menon, quien propone la internacionalización de la Antártica, proceso que abrió la puerta a países que aún no habían manifestado pretensiones de soberanía. La propuesta india comenzó a agarrar fuerza como una bola de nieve y se sucedieron una seguidilla de gestiones diplomáticas para detenerla, entre ellas, la propiciada por el

embajador argentino Vicente Fatone y la infructuosa propuesta del representante norteamericano John Sherman Cooper.

Las gestiones diplomáticas de Serrano no se hicieron esperar, concertando una entrevista con el Primer Ministro Jawaharlal Nehru, a quien convencería de que su insistencia en aquella idea dejaría al garete muchas de los esfuerzos que durante años habían trabajado países como Chile y Argentina. Si bien, existen antecedentes claros de estos hechos, hay quienes sostienen que estas reuniones fueron un tanto mitificadas con el paso del tiempo<sup>22</sup>.

Lo que resulta innegable, es que el tópic de lo antártico constituye uno de los aspectos más recurrentes en la obra de este autor. Serrano en su libro *Quien llama en los hielos*<sup>23</sup> basará su planteamiento en aquello que Nietzsche denomina “la patria del alma” para entender su nexa con la chilenidad. De esta manera, la expedición antártica será una suerte de llave que abre las puertas a tradiciones que permanecen dormidas en el concepto de nación y que operan como mecanismos atávicos e invisibles que de pronto se activan:

"Y cuando la lanza indígena me abrió el pecho, del arroyuelo de sangre que de él manara para regar el lejano sur y fertilizar el manzano, vinieron también ciudades y ciudades, con muros de oro, con techos de diamante, que yo llevaba dentro desde que naciera"<sup>24</sup>.

El viaje hacia las entrañas heladas de la tierra que yacen en el extremo meridional del globo generan un vínculo inquebrantable con un amplio espectro de tradiciones culturales y profundiza el concepto de nación, vislumbrando la ardua tarea de instalar bases chilenas en la Antártica como una misión que entremezcla visiones tan variopintas como las teorías de la Tierra Hueca y la cosmogonía selknam. En el relato, el mito posee esa capacidad quintaesenciada de dotar de aspectos significativos a la experiencia humana, esbozando la noción de *Unus Mundus* jungiana, una realidad subyacente en la cual confluye todo.

Es probable que una parte significativa de este viaje antártico descrito en la novela “*Quien llama en los hielos*” se ajuste a la división heideggeriana “*Historie*” que se entiende “lo que sucede” y “*Geschichte*”, traducido como aquello “que sucede” pero en un ámbito genuinamente significativo. Es decir, el viaje antártico subyace como la aceptación de una conciencia, de un sentido de la existencia en concordancia con todas las posibilidades, sin necesariamente una vivencia histórica. Esta narración circunspecta y esotérica despliega un concepto de lo nacional como un redescubrimiento de las fuentes originales a la toma de posesión del concepto de estado- nación. Por ello, asigna un conjunto de arcanos y alegoría al espacio donde se desarrollan los acontecimientos, en este caso, el continente blanco:

"América, Huitramannaland, Albania —sus nombres más antiguos- ha sido siempre el refugio tradicional de los vencidos, de los luciferinos, de los hiperbóreos, derrotados por las grandes catástrofes cósmicas, o por la enemistad del animal-hombre. Esta fue su verdadera Arca del Diluvio, cuando las destrucciones de Lemuria, de Gondwana, de la Atlántida, de Hiperbórea. Unos Dioses Blancos han seguido las huellas de otros, siempre sospechando que Hitler, el último Avatar, antepasados habían descubierto aquí refugios inexpugnables, tal vez las entradas a la Tierra Hueca, en los Oasis de la Antártica"<sup>25</sup>.

De esta manera, aquello que denominamos territorio chileno es un escenario fundamental donde lo sacro encuentra su justa dimensión y se revela la encarnación de una raza semidivina (a su vez procedente de una gran divinidad), heredera tanto de tradiciones orientales como occidentales (Lemuria, Gondwana, Atlántida, Hiperbórea); por ejemplo habla de la Asgard de los Edda en consonancia con la Hiperbórea griega,

mientras que el Noé bíblico tenga su equivalente en el libro del Gilgamesh, el primer texto literario conocido. En el libro “Ni por ni por tierra”, (estado previo a la novela que analizamos), el Maestro advierte al narrador que se adentrará en la Mansión de Satán, contraparte del Espíritu Blanco, entendiendo el Polo Norte como el cerebro de la Tierra, mientras que su extremo contrario, el Polo Sur es un territorio entregado a la transmutación, antesala del sexo de Satán. Como tal, el encuentro con los hielos antárticos significa es un descenso a un infierno helado donde se revela la plenitud y la sexualidad, al encuentro con la finalización de la vida física.

Desde ahí llamará a la Antártica el Oasis primordial, lugar supremo donde los latidos de la tierra encuentran su certera explicación:

“Y la búsqueda de un Oasis entre los hielos, de una ciudad mítica en los Andes, o de un Monasterio secreto al otro lado del mundo, es, en verdad, la búsqueda del centro del silencio y de la paz dentro del propio corazón. Es decir, trátase también de pasar más allá una sola instancia de pensamiento para realizar al hombre total, con sus instancias en función, con todos los centros pensantes en actividad. El Hombre Total, la raza de los Titanes, la gran posibilidad que soñáramos para este país de los Andes. Y la transfiguración del paisaje, de la tierra, ayudante a este Ser Vivo a mutarse, en el vértice crítico de su involución”<sup>26</sup>.

Un aspecto importante en este último punto es que el destino nacional tiene que ver con el viaje interior hacia el apocalipsis de una vida racionalista y el encuentro con una transmutación, la comprensión del territorio antártico como el unus mundus que empalma la nueva era.

La novela de Serrano representa un encuentro y a la vez una huida del continente blanco. Es probable que a su vez manifieste todos los abordajes un tanto apócrifos y entremezclados con la simbología ocultista que forman parte de la ideología que profesa el autor. El hecho es que su chilenización antártica encierra un relato donde la crisis identitaria y el carácter expansionista de un país no solo operan en la dimensión geopolítica sino también en la forja de un destino nacional que unifica su rol en el comienzo de una nueva edad.

## **DOS VISIONES DE LO NACIONAL**

Es particular e inquietante que dos escritores de la misma generación, que ostentaban ópticas ideológicas tan diametralmente opuestas hayan profundizado en el sentimiento de lo nacional al momento de concebir literariamente lo antártico o en su efecto, al atreverse a viajar al lejano continente.

Los puentes que unen literatura y realidad en el caso de la Antártica demuestra que se trata de un continente cuya necesidad de fundación (bajo cualquier mirada) parece todo el tiempo estar redefiniéndose. En este caso, las expediciones que se aprestaron con motivos de soberanía a finales de los cuarenta, tenían, en el caso particular de Chile y en cierta zona de los motivos escriturales de la generación del 38, la necesidad de entender lo nacional no solo como el apego a lo patriótico o a la exaltación de valores ligados a lo territorial, sino también a incorporar el mito, a entender que la aparición del continente blanco activaba una fuente de ideas y pensamientos, donde lo ecológico y el sincretismo cobran una importancia radical.

La idea de “lo nacional” en ellos muestra coincidencias y discrepancias, al mismo nivel que sus obras y sus postulados ideológicos. Si bien, ambos tienen conciencia de la pertenencia a una nacionalidad, su motivo

de viaje soberano refuerza la idea de un conjunto de visiones étnico- históricas para asumir la chilenidad en la Antártica.

También es probable que las ideologías, tanto de Coloane como Serrano, más allá de su concreción histórica, tienen en su origen el apetito por la totalidad, el aliento de la completitud, el susurro de una utopía abarcadora. El hecho es que sus libros no son solo artificios literarios llamados a representar zonas determinadas de la realidad, sino también un registro muy acabado de cómo se entendió el mundo en determinada época. Y ese quizás el rol de la literatura: repensar críticamente la historia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Araya, J. "Francisco Coloane". La Discusión (2 junio 1999).
- Coloane, Francisco. "Cabo de Hornos". (Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 2004).
- Coloane, Francisco. "El témpano de Kanasaka y otros cuentos". (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1968).
- Coloane, Francisco. "Mis libros se nutren de la naturaleza". El Sur (22 agosto 1982).
- Coloane, Francisco. "Los conquistadores de la Antártida". (Santiago de Chile: Ediciones Zig-zag. 17 Edición. 1985).
- Del Solar, Hernán. "Francisco Coloane: El témpano de Kanasaka". El Mercurio (1 septiembre 1969).
- Eagleton, Terry. "Una introducción a la teoría literaria." (México: Fondo de Cultura Económica. 1998).
- Edwards, Jorge. "Los témpanos de Coloane". En <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/los-tempanos-coloane>. (2002).
- Goic, Cedomil. "La novela chilena, los mitos degradados ". (Santiago de Chile: Editorial Universitaria. 1991).
- Guerra, Armando. "El témpano de Kanasaka". La Discusión (16 agosto 1986).
- Latcham, Ricardo. "Cabo de Hornos". La Nación (2 junio, 1941).
- Leane, Elizabeth. "Literatura Antártica: un análisis temático". En: Boletín Antártico Chileno (2016).
- León, Consuelo. "Conceptos Base de la Política Antártica Chilena: ¿transitorios o permanentes?". En: Boletín Antártico Chileno. Vol. 33, N° 2, 2017, pp. 109-116.
- Montes, Hugo. "Breve Historia de la Literatura Chilena". (Santiago: Editorial Zig-Zag, 2013).
- Pérez, Yorgy. "La relación entre la historia y la literatura: (con) fusión para (re)presentar la experiencia (des)humana". Argos Vol.29, n°56 (2012).
- Pinochet de la Barra, Óscar. "Con Pancho Coloane en la Antártica". La Segunda (13 agosto 2002).
- Serrano, Miguel. "Trilogía de la búsqueda del mundo interior". (Santiago: Editorial Nascimento, 1974).

Serrano, Miguel. "La Antártica y otros mitos". (Santiago, 1948).

Serrano, Miguel. "Ni por mar ni por tierra". (Santiago: Editorial Nascimento, 1950).

Serrano, Miguel. "Quien llama en los hielos". (Santiago: Editorial Nascimento, 1957).

Teitelboim, Volodia. "Pancho vuelve al mar: (El más anfibio escritor chileno)". Revista Casa de las Américas (2002).

Valdivieso, Jaime. "La épica del mar en la obra de Francisco Coloane". Estudios Públicos. N° 99 (junio. 2005).

Varas, José Miguel. "Coloane "cosecha"". Revista de Libros de El Mercurio. (Domingo 2 de noviembre. 2008).

---

<sup>1</sup> El término lo acuña, el teórico Lucien Goldmann para definir el conjunto de aspiraciones, sentimientos e ideas que reúne a los miembros de un grupo (o lo que es más frecuente, de una clase social) y los opone a los demás grupos.

<sup>2</sup> Yorgy Pérez. "La relación entre la historia y la literatura: (con) fusión para (re) presentar la experiencia (des) humana". Argos vol.29 n°56 (2012), p 3.

<sup>3</sup> Elizabeth LEANE. "Literatura Antártica: un análisis temático". En Boletín Antártico Chileno (2016), p 95.

<sup>4</sup> En enero de 1942, Argentina declaró sus derechos antárticos entre los meridianos 25° y 68° 24' O, el de punta Dúngeness. El 2 de septiembre de 1946, el Decreto N° 8944 fijó nuevos límites para el Sector Antártico Argentino entre los meridianos 25° y 74° de longitud Oeste. Finalmente, el 28 de febrero de 1957, el Decreto Ley n.° 2129 estableció los límites definitivos de su reclamación entre los meridianos 25° y 74° Oeste y el paralelo 60° de latitud Sur. Este decreto estableció un territorio que se superpone sobre parte del territorio reclamado por Chile.

<sup>5</sup> Con motivo del Año Geofísico Internacional se construyó en sus alrededores la Base Risopatrón, destinada exclusivamente a estudios científicos relacionados con este suceso mundial. Dichas instalaciones se efectuaron durante la comisión del Comodoro Alejandro Navarrete Torres.

<sup>6</sup> Consuelo León. "Conceptos Base de la Política Antártica Chilena: ¿transitorios o permanentes?" En Boletín Antártico Chileno, p 109.

<sup>7</sup> Quienes denomina de esta forma a este grupo heterogéneo de escritores son Ricardo Latcham y el crítico Hernán Díaz Arrieta (Alone).

<sup>8</sup> Hugo Montes. "Breve Historia de la Literatura Chilena". (Editorial ZIG – ZAG. 2013), p 32.

<sup>9</sup> Volodia Teitelboim. "Pancho vuelve al mar: (El más anfibio escritor chileno)". Revista Casa de las Américas (2002), p 2.

<sup>10</sup> En el Tratado (art. 2: "Objetivo y designación"), las partes "se comprometen a la protección global del medio ambiente antártico y los ecosistemas dependientes y asociados, y para ello designan a la Antártica como reserva natural, consagrada a la paz y a la ciencia", (figs. 24 a 26) convirtiendo así la investigación en una forma de capital simbólico (Huntford, 1979). Pero la lógica de los reclamos territoriales de las partes no está exenta de debate en torno a la exploración de reservas de petróleo, con grandes compañías que impulsan indagaciones del perfil del fondo marino y expediciones bajo diversas banderas nacionales para recolectar datos del fondo de los mares de Ross, Weddell y Bellingshausen, y de la Península Antártica (Elzinga y Bohlin, 1989). Descubrimientos de cobre, uranio y platino en el continente mismo, y extensos hallazgos de mineral de hierro y cobre han aumentado la especulación sobre la Antártica (figs. 27 a 31), ya no como "el último lugar del mundo" sino como "el último cofre de tesoros del mundo" (Elzinga y Bohlin, 1989).

<sup>11</sup> Dadas las urgentes y fatídicas circunstancias en que acaece el fallecimiento de Pablo Neruda, Coloane es el único orador en sus exequias fúnebres.

<sup>12</sup> La efímera república socialista 'de 1932 duró tan solo días y se enmarcó en torno al derrocamiento del Presidente Juan Esteban Montero y la constitución de una Junta de Gobierno formada por el general Arturo Puga, Eugenio Matte Hurtado y Carlos Dávila. Por su parte el coronel Marmaduke Grove asumió el estratégico cargo de Ministro de Defensa. Grove posteriormente fundaría el Partido Socialista junto al propio Matte, a Oscar Schnake Vergara y a un joven Salvador Allende. Entre los principios fundacionales estaba la adhesión a la doctrina marxista, mas no a los lineamientos de la Tercera Internacional.

<sup>13</sup> Teitelboim (2002), p. 3.

<sup>14</sup> Jorge Edwards. "Los témpanos de Coloane". En <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/los-tempanos-coloane>. (2002), p 1.

<sup>15</sup> José Miguel Varas. "Coloane "cosecha"". Revista de Libros de El Mercurio. (Domingo 2 de noviembre. 2008), p 1.



<sup>16</sup> Francisco Coloane. "Los conquistadores de la Antártida". (Santiago de Chile: Ediciones Zig-zag. 17 Edición. 1985), p 20.

<sup>17</sup> Jaime Valdivieso. "La épica del mar en la obra de Francisco Coloane". Estudios Públicos. N° 99 (junio. 2005), p 72.

<sup>18</sup> Coloane (1985), p.68.

<sup>19</sup> Este hecho también motiva la novela Sesenta muertos en la escalera de Carlos Droguett, ganadora del Premio Nascimento y del Municipal en 1954.

<sup>20</sup> Rescato un fragmento de la entrevista concedida en al escritor Gonzalo León para el diario La Nación 3 de abril de 2005: En la Trilogía de la búsqueda del mundo exterior usted habla con asombro de la Antártica. En algunas entrevistas ha afirmado que Hitler estaría ahí, más específicamente en lo que usted ha llamado como "hiperbóreos".

<sup>21</sup> Pese a lo fantasioso de la apreciación, debemos mencionar que el III REICH (según fuentes acreditadas) trató de desarrollar aeronaves en forma de platillo. Se han determinado cuatro modelos: Haunebu I, Haunebu II, Vril 1 y Vril 2. y F. W. KOLPER, publicado por Athenäum Verlag, Bonn, en 1958.

<sup>22</sup> Más allá de cualquier especulación no es un hecho menor que los sucesos ocurren en 1955, año de la Conferencia de Bandung, instancia conocida como el germen del Movimiento de Países No Alineados que posteriormente cambiaría las correlaciones de poder en la Guerra Fría. Lo que resulta un punto interesante a considerar en el margen de los intereses que se barajaban en a quel crucial trecho histórico durante la década del 50.

<sup>23</sup> La novela forma parte de un conjunto mayor denominado Trilogía de la Búsqueda en el mundo exterior, compuesto por Ni por mar ni por tierra. Historia de la Búsqueda de una Generación; Quien llama en los hielos. Historia de la Búsqueda en la Antártida; La Serpiente del Paraíso. Historia de la Búsqueda en la India. Se encuentran editadas en un solo volumen por Editorial Nascimento en 1974.

<sup>24</sup> Miguel Serrano. "Trilogía de la búsqueda del mundo interior". Nascimento. Santiago. (1974), p 34.

<sup>25</sup> Serrano (1974), p. 291.

<sup>26</sup> Serrano (1974), p. 9.

Las opiniones, análisis y conclusiones del autor o los autores son de su responsabilidad y no necesariamente reflejan el pensamiento de *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

La copia y reproducción parcial o total de este artículo se encuentra autorizada, siempre que no sea para fines comerciales y se reconozca y mencione al autor o autores y a *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*.

Los artículos publicados en *Revista Estudios Hemisféricos y Polares* se encuentran bajo licencia Creative Commons CC BY-NC-SA 3.0 CL.

